

Accrocca, Felice, Francesco e le sue immagini. Momenti della evoluzione della coscienza storica dei frati Minori (secoli XIII-XVI). Associazioni Centro Studi Antoniani, Padova 1997, 265 pp., 17 x 24 cm.

La experiencia evangélica de Francisco de Asís que plasmó en su tiempo las raíces fundamentales del Evangelio, viviéndolas personalmente y proponiéndolas como sentido de vida a la Iglesia, tuvieron varias interpretaciones, incluso en la vida del *Poverello*. Lo que se ha venido en llamar "la difícil herencia" corresponde a las constantes tensiones habidas en el Franciscanismo por las diversas comprensiones realizadas por los movimientos nacidos dentro de la Orden para apropiarse la identidad genuina y originaria de Francisco de Asís. Por eso la historia de la Orden es también una historia de las historias de las distintas imágenes que se han elaborado sobre la identidad del carisma originario. Incluso hay que tener en cuenta que una determinada imagen de Francisco lleva consigo la pertinente presencia del Franciscanismo en la Iglesia y en la Cultura, porque tal imagen siempre está detrás de las instituciones encargadas de hacer real e histórica la experiencia primera. Es más, la historia franciscana no es sólo la relación entre el punto de partida y las diversas realidades históricas elaboradas a lo largo de los siglos, sino también la búsqueda de una identidad, identidad que se da dentro de la misma Orden y en sus relaciones con el mundo y la Iglesia en la historia humana (cf. R. Lambertini-A. Tabarroni, *Dopo Francesco; l'eredità difficile*. Torino 1989). - La obra continúa esta idea básica por "fragmentos" escogidos durante un importante arco de tiempo de la historia franciscana: los siglos XIII-XVI (7). Y comienza por el *Testamento* de Francisco (15-35). En él se expresa la preocupación de Francisco de que la Orden iba hacia una obediencia formal a una regla formal sin un espíritu vivo (R. Manselli), sin el seguimiento de las huellas de Cristo (1Ped 2,21), sin la elección de la marginación en la evangelización como lógica de la cruz y alternativa radical a los valores del mundo y práctica eclesial. El *Testamento* antes de ser un escrito ocasional (K. Esser) es, según el autor, un escrito pensado por Francisco y con la intención de que los hermanos siempre recuerden que son la *seguela Christi*, humilde y obediente, marginal en la Iglesia frente al poder pastoral que pudiera darse ante la calidad y cantidad de hermanos obedientes a la Jerarquía. Lo que constituía el núcleo esencial de la propuesta cristiana de Francisco ya se estaba distanciando, en su conciencia, en la primera andadura histórica de la Orden. - También esta propuesta de Francisco se veía alejada de la reforma de la Iglesia que el Papado veía en las potencialidades evidentes que en todo aspecto se daban en la Orden. Esto se comprueba en la *Quasi stella matutina*, en la actualidad perdida, escrita por el notario Giovanni (¿di Campagna? 1247) y situada en la órbita de las intenciones de Gregorio IX (37-56). En otro sentido tenemos la recuperación histórica de algunos modos evangélicos radicales de Francisco por sus compañeros (*Nos qui cum eo fuimus*) (57-92) y la imagen aportada por los espirituales, especialmente Ángel Clareno (93-124). Éste coloca la cruz en el centro de la identidad franciscana, pues Francisco es el *alter Christus* en la medida que se identifica con Cristo crucificado, más que resucitado u otros aspectos también fundamentales de la misión histórica de Jesús y contenidos en su mensaje del Reino. Esta imagen de Clareno se prosigue en la historia franciscana en el sentido que reaparece por las exigencias de las mismas estructuras de la Orden con su «herencia anónima» (124-151) en las relaciones y responsabilidades eclesiales. La bula *Religionis zelus* y las *Ordenaciones de Albalacta* (161-199) más que seguir cierta línea de los espirituales o corregir directamente ciertos ambientes de la observancia, intentan redescubrir la identidad franciscana volviendo a los orígenes de la Orden, al propio Francisco, y desde unas exigencias radicales en las costumbres religiosas

por un espíritu fuertemente rigorista. Es lo que se observa en el inicio del movimiento capuchino tanto en la bula como en su primera legislación. Éstas están, por consiguiente, más en la línea del espíritu de los primeros compañeros de Francisco que de la *Legenda maior* de Buenaventura (197). - La obra, que tuvo su origen en la tesis doctoral del autor, y cuyos capítulos IV, VI y VII, ahora rehechos, ya habían sido publicados, concluye con una exhaustiva bibliografía, una «postfazione» de J. Dalarum y un índice analítico a cargo de E. Kumka. La investigación es seria, sin emitir grandes juicios que prejuzguen hechos y escritos que sólo pueden ser interpretados por una paciente y seria labor histórica. Por eso las hipótesis que el autor avanza las ofrece como base de un diálogo que debe proseguir para iluminar mejor el futuro de la identidad franciscana en un mundo con parámetros ciertamente distintos a la primera experiencia evangélica de Francisco.

F. Martínez Fresneda

VARIA

Léonard, André, *El fundamento de la moral. Ensayo de ética filosófica general*. BAC, Madrid 1997, 384 pp., 13 x 20 cm.

En una obra de lectura relativamente fácil para quien disponga de una mediana formación filosófica, A. Léonard, partiendo de unos presupuestos metafísicos de tinte escolástico -él mismo afirma en su prólogo que "el presente tratado es de orientación tomista"-, realiza un recorrido por los aspectos básicos y clásicos del discurso ético práctico. - En su intento de establecer una "ciencia normativa" sobre el obrar humano, el autor defiende la vigencia de una "libertad condicionada" -que ni es absoluta ni se halla radicalmente determinada por factores involuntarios-, la cual, precisamente por ser limitada, "necesita" abrirse con vistas a su realización plena, que coincide con la realización del propio hombre- al valor moral. Este último, en virtud del papel capital que desempeña en dicho proceso, se impone en cierto modo a aquella como "absoluto" y "obligatorio". - A. Léonard apuesta asimismo por una comprensión "teleológica" -en sus propias palabras- de la conciencia. Frente a otras interpretaciones más o menos tradicionales que resaltan los factores premorales que afectan a la misma -hedonismo, eudemonismo, etc.- o que acentúan ante todo su autonomía -las posiciones de corte kantiano-, el autor -apoyándose claramente en una ontología realista de corte aristotélico, como él mismo reconoce- defiende la necesaria conformidad de las decisiones morales con las exigencias objetivas del recto uso de la razón, según un ideal concreto al que debe atenerse el sujeto -único modo de garantizar, desde su perspectiva, el carácter absoluto y obligatorio que corresponde al valor moral al que la conciencia se halla radicalmente ligada-. Dicho ideal queda plasmado -siempre según Léonard- en el imperativo de la amistad universal y de la promoción del otro. - A partir de este punto, el resto del discurso es esperable: defensa de la ley natural en tanto inmutable, que se impone universalmente a la conciencia; exposición de las posibles desviaciones, clásicamente reconocidas, de esta última -error vencible o invencible, duda, etc.-; afirmación de la necesidad de que el derecho positivo se ajuste siempre a las exigencias del derecho natural; visión de la felicidad como respuesta de otra Libertad incondicionada al "mérito" del obrar moralmente bien por parte de la finita libertad humana -incluyendo en esa respuesta la posibilidad de una bienaventuranza "últi-